MVNDO HISPÁNICO
SUPLEMENTO ESPECIAL
NOVIEMBRE, 1949

ESPAÑA Y PORTUGAL SE ABRAZAN
EL VIAJE DEL GENERALISIMO FRANCO AL PAIS LUSO

El día 22 de octubre último, el Jefe del Estado español llegó a Lisboa en visita oficial a la nación portuguesa, en la que permaneció hasta el 27 del mismo mes y en la que fué objeto de múltiples agasajos por parte del Mariscal Carmona, Presidente de la República de Portugal, y del Gobierno y el pueblo lusos. Uno de los actos primordiales de este viaje consistió en la entrega al General Franco del título de Doctor «honoris causa» por la secular Universidad de Coimbra. A recoger sucintamente el viaje se dedica este suplemento de MVNDO HISPANICO.

En la fotografía inicial, el General Franco y el Mariscal Carmona, legítimos representantes de los dos pueblos ibéricos, se estrechan afectuosamente la mano en su primer contacto sobre la plaza pombalina del Terreiro do Paço, de Lisboa.

2

ESPAÑA, PORTUGAL Y EL MUNDO HISPÁNICO

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

I.—VIAJE DE FRANCO A PORTUGAL

El viaje del Caudillo español Francisco Franco a Portugal—desde el 22 al 27 de octubre de 1949—y la acogida extraordinaria que la Nación portuguesa otorgó a tal visita española suscitaron muchas interpretaciones, a cual más desorientadas. Por haber asistido personalmente a ese acontecimiento peninsular, y, sobre todo, por haberlo presentido poéticamente (recuérdese el «Homenaje a Portugal» en mi periódico oral «¡Levante!», mayo de 1949), me creo en la posibilidad de informar al «Mundo Hispánico» sobre el justo alcance histórico que ese acontecimiento tiene. Pero para informar al «Mundo Hispánico» con justeza, me habrá de aceptar previamente estas tres afirmaciones: 1.° Que los Poetas de los Pueblos son los que preparan de antemano los acontecimientos políticos, siempre que esos escritores transmitan, con pureza y verdad, el genio de sus patrias. 2.° Que los Políticos sólo son Políticos—y grandes—cuando cumplen fielmente esos previos y genuinos vaticinios anteriores. Y 3.° Que entre el «Dicho» y el «Hecho»—en la Historia—hay tan gran «Trecho», que a veces pasa medio siglo. Y eso cuando pasa. Pues lo más trágico de un Pueblo es que su posibilidad de salvación quede en posibilidad, en pura profecía inane.

El viaje de Franco a Portugal—y su éxito «prodigioso», con apariencia de prodigio y de milagro—estaba ya «escrupulosamente previsto» hace un cuarto de siglo. Y si me apuráis, hasta de medio siglo. Y hasta casi tres cuartos de siglo. Por pensadores portugueses y por pensadores españoles. Proyectando: lo que del 22 al 27 de octubre de 1949 habrían de realizar en Lisboa los dos Políticos—Salazar y Franco—designados por la Providencia para el logro de las venturas peninsulares.

II.—LOS PENSADORES PORTUGUESES DE LA ALIANZA PENINSULAR

Fué quizá el «último romántico» *Antero de Quental* el que en su famosa Conferencia del Casino lisboeta vió todavía, aberradamente, las causas de la separación hispano-portuguesa en la Religión, la falta de libertades locales y corporativas y el Absolutismo. En ese camino—extraviado—abordó también *Eça de Queiroz* al principio de su carrera la Cuestión peninsular. Pero la rectificación que en su madurez hiciera—al rechazar el funesto «Franzosismo» el afrancesamiento, aun más violentamente que lo hiciera Camoens, como «avariosis o mal gálico portugués»—, le colocó como precursor de la corriente nueva e hispanidas. Igual le sucedió a otro romántico, *Almeida Garret*, cuando exclamara al fin: «Españoles somos y de españoles nos debemos preciar cuantos habitamos en la Península».

Pero los verdaderos Profetas de la Alianza Peninsular fueron tres nombres portugueses que los hispanidas de América y Europa deberíamos cincelar como alhajas: *Oliveira Martins*, en su «Historia da Civilisaçao iberica» (1879), *Monis Barreto*, en «A situaçao geral da Europa e a politica externa de Portugal» (1891). Y *Antonio Sardinha* en su «Aliança Peninsular» (1924). De cuyas doctrinas procedería la llamada Escuela Integralista y el Grupo de Coimbra, del cual habría de proceder a su vez el realizador silencioso de esos sueños: el Dr. *Antonio de Oliveira Salazar*.

Por cortesía, respeto, admiración y prudencia, vamos a seguir a estos tres últimos vaticinadores—O. Martins, Monis Barreto, Sardinha. (Eludiendo los pensadores españoles coincidentes. En especial: Ganivet, Menéndez Pelayo, Valera y Maeztu.) Vamos a seguirlos para demostrar que sus angustiados vaticinios no cayeron en vano. Y que lo ocurrido en octubre de 1949 entre Portugal y España no es sino el cumplimiento prodigioso de las Profecías.

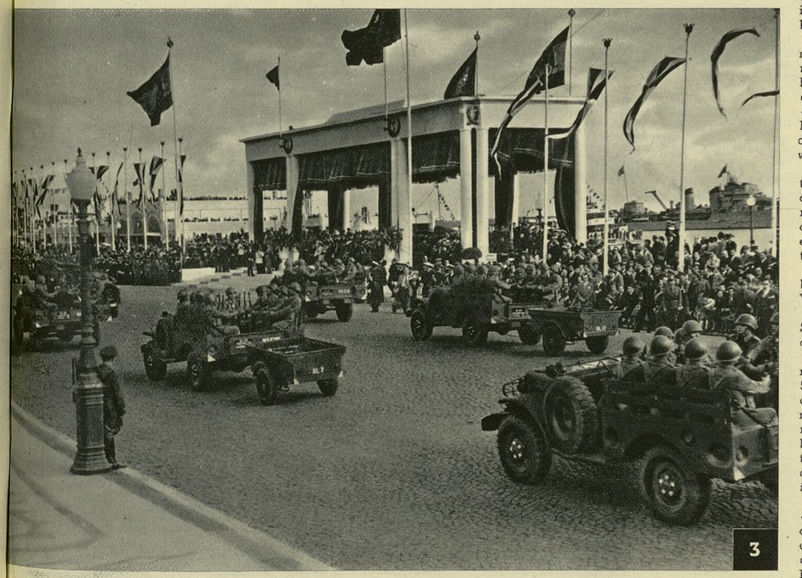
III.—PROFECIAS Y REALIDADES

La Alianza peninsular.—«La Alianza peninsular será el comienzo —auguraba Sardinha— de una especie de norma colectiva en que se traduzca el *Supernacionalismo* hispánico (la Hispanidad), marco portentoso que, circundando al Atlántico, lo convierta fácilmente en un mare nostrum.»

Como el Imperio de Occidente de Felipe II o en el soñado 5.° Imperio del Sebastianismo. «Pues el período de la Alianza española en el 500 coincidió con la época de mayor prosperidad y de plena expansión del genio portugués», afirmó Monis Barreto. «Como no es también menos cierto —añadiría Sardinha— que la Decadencia de las dos naciones correspondió al disentimiento, que logró separarlas en actitudes hostiles.» Ahora bien; separados Portugal y España por actitudes hostiles, ¿cómo se podría reanudar esa Alianza, con todas sus fecundas consecuencias? ¿Por nuevos *enlaces dinásticos*? ¿Por una *federación ibérica*? ¿O por dos *Estados* fuertes, responsables e independientes?

La política de los *Estados dinásticos* fué rechazada por Sardinha. «Nuestro paralelismo no deberá tener de nuevo un Eje de naturaleza dinástica», « un nuevo contrato de príncipes». Sin embargo, no dejaba de enternecerse por la solícita cadena de princesas —tiernas mediadoras»— que intentaron con su amor unir Portugal y España a todo lo largo de la Historia. Intento fatal, para el historiador español Ximénez de Sandoval. Y todavía posible para Cánovas, ofreciendo a Portugal el trono de España.

Yo, por mi parte, creo que el problema de la política dinástica ha estado mal planteado por ambas partes modernamente. Para mí, la política dinástica es posible si la Dinastía resultante del cruce mutuo queda en la línea genuina de Avis-Ausburgo. Tal como resultó «Isabel la Católica», con sangre de Avis y abuela de Carlos V. Y a la que Sardinha no tuvo más remedio que reconocer como «símbolo de la España mayor». Gracias a ella, Felipe II subió al trono portugués, no como español, sino como bisnieto del Maestre del Avis e hijo de la portuguesa Emperatriz Isabel. De ahí su absoluto respeto y cariño a Portugal durante su gobierno. Ahora bien; si las Dinastías pretendientes obedecen a países secularmente enemigos de Portugal y España, ¡fuera la política dinástica! A qué se llegó con la política de enlaces



3

1 Desde la cubierta del crucero español «Miguel de Cervantes», en aguas del Tajo, el Generalísimo Franco contempla la escalonada tapografía urbana de Lisboa. La ciudad, congregada en la histórica plaza del Comercio, o Terreiro do Paço, aguarda anhelante el desembarco del Jefe del Estado español.

2 En el Cais das Columnas, Franco, vestido con el uniforme de Capitán General de la Armada, recibe los primeros saludos del Mariscal Carmona y del Jefe del Gobierno, Oliveira Salazar. A su lado se encuentran los ministros de Asuntos Exteriores de España y Portugal, Sres. Martín Artajo y Caeiro da Mata, respectivamente. Guardias marinas portugueses, de la Escuela Naval de Alfeite, rinden los primeros honores al ilustre visitante, en la citada plaza de Terreiro do Paço.

3 Fuerzas motorizadas del Ejército portugués desfilan con marcial apostura ante la tribuna de honor, donde se encuentran el Caudillo Franco y el Mariscal Carmona, así como el Gobierno portugués y personalidades del séquito del Jefe del Estado español. En el aire ondean, proclamando el sentido jubilar de la jornada, las banderas de España y Portugal y enseñas de la ciudad de Lisboa. Al fondo, el crucero español «Miguel de Cervantes» se mece en las tranquilas aguas del Tajo.

del XVIII y XIX entre Braganzas y Borbones? Pues a suscitar la *Política iberista* republicana y masónica. Y hoy, en vista de hacerse soviética. Precisamente por horror de esa Política de «Unión Ibérica» —masónica y bolchevique—, Sardinha exigió a los portugueses el desechar tan siniestros nombres de «Iberismo e Ibérico», llegando a demostrar que si los empleó Oliveira Martins, fué provisoriamente, mientras se precisaba el verdadero concepto de «Hispanismo», o como hoy diríamos mucho más ampliamente todavía: de «Hispanidad». («Espantajo del Iberismo, confabulación masónica, elaborada desde el siglo pasado, desde las conjuras de Gomes Freire con Pedro IV y el banquete de Badajoz con Magalhaes de Lima.») El «Iberismo» salió de las logias con su quimera de «armonía ibérica». Y en la República de 1931, la Embajada española en Lisboa se llenó de armas «iberistas» para hacer saltar Portugal, y de rechazo, Cataluña y Vasconia, y no precisamente en «armonía».

Para Sardinha y toda su escuela no quedaba más que la Tercera Posición: la *Política de la Alianza peninsular*. La del Paralelismo en ambas soberanías. Política tradicional y nueva otra vez. Política de «cooperación» y no de oposición. Política de los momentos de crisis y peligro—como en el Medievo frente al Oriente de Mahoma. Y en el XIX, frente al Occidente de Napoleón. Y política también de los instantes grandes y venturosos de ambas naciones, cuando se cumple el genio de Hespanha, la «sed de absoluto» que viera Monis Barreto, o de «universalidad», de «directriz mundial», como viera Spengler. Para Sardinha y su escuela sólo esta política era la posible y fecunda. «Desligados, vegetaremos siempre miserablemente. Aliados, nos haremos respetar por los fuertes, porque estaremos entre los primeros», según Monis. Añadiendo: «La inteligencia con Portugal va en armonía con los instintos del pueblo español.»

¿Y en qué ha de consistir esa «Alianza peninsular»? Para Monis Barreto: «En dos consideraciones de orden superior. Una, la «Defensa» de la integridad peninsular en el Continente. Y otra, la «Conservación» del statu quo en Marruecos.»

Para Oliveira Martins y Sardinha esa Política debería servir para algo más que lo interior: lo exterior.

«No habrá *política externa* de la Península sin el concurso solidario y amigable de los dos pueblos que la componen. En *Europa:* «porque sólo aliados los dos podrán contar en los Consejos europeos». (¡Ah, la O. N. U! ¡Ah, Estrasburgo!) Ante *Asia:* Para restaurar nuestra lucha común contra el Oriente «en un mañana ya próximo del ataque mundial de Asia contra Europa». En *Africa:* «para evitar el peligro de otras potencias instaladas en Marruecos». Y para renovar el ideal del sebastianismo. Y en *América:* para realizar lo que Sardinha llamaba el «Hispanismo». Es decir: la Hispanidad.

El *programa* de la Alianza peninsular, por tanto, ¿en qué habría de consistir?

Para Oliveira Martins: «En la Unión de Pensamiento y Acción. Y a la par, en Independencia de cada Gobierno.»

Para Monis Barreto: «En una *Neutralidad armada*. Servida por una Diplomacia vigilante. Y por todas las Fuerzas disponibles.»

Para Sardinha—que acepta las bases anteriores—la premisa era, ante todo, «sanar las llagas que enfermaban a ambos países (¡también hermanos en esto!)». «Con dos Gobiernos fuertes, libres y responsables. Que se dedicaran ¡no a firmar Tratados de Comercio!, sino a mantener el orden en este bello rincón del mundo; a auxiliarse en momentos de peligro. Y a emprender la gran política de cooperación: la del Atlántico, la de Avis-Ausburgo, la de «Os Lusiadas», testamento político de España.»

IV. — EL ABRAZO DE SALAZAR Y FRANCO: ANTE EL MUNDO HISPANICO

La Revolución Nacional Portuguesa en 1926 se consolidó con la Jefatura del General Carmona, subiendo a la Presidencia del Consejo el Dr. Oliveira Salazar en 1932. La Revolución Nacional Española se hizo Hombre en 1936 con Francisco Franco. Superados los falsos enlaces dinásticos—y mientras no surjan otra vez los providenciales y genuinos—; superados también los siniestros designios del Federalismo ibérico, la *Alianza peninsular*, prevista por esos tres profetas portugueses que acabamos de exaltar, es la que acaba de realizarse en el «abrazo del Atlántico». Abrazo de paz. Tras aquel otro previo—pero de sangre—que dieran los Viriatos portugueses, con sus vidas, a la tierra española para defenderla del Asia bolchevique en 1936. (Como en el Medievo del Oriente musulmán y en el XIX del Occidente napoleónico, otros hermanos lusos.)

¿Puede tener consecuencias fecundas este «abrazo peninsular» ante la Hispanidad?

Si ese abrazo peninsular puede tener consecuencias fecundas ante la Hispanidad es algo que nosotros, españoles, sólo podemos dejar en la mano de Dios. Y una vez más, en boca—poética y soñadora—de portugueses. Que sean los vates lusitanos quienes sueñen, y nosotros sólo transcribamos:

«Si la Historia y la Geografía nos individualizan como nación aparte, ellas mismas nos amplían y completan en una especie de *Supernacionalismo* que excede los límites de la Península para trasponer el Atlántico y encuadrar las patrias americanas de origen peninsular.»

«La restauración de la Unidad Hispánica más que nunca la justifica y reclama la maravillosa adolescencia de las veintitantas patrias que allá, en la otra margen del Atlántico, hablan nuestras lenguas y perpetúan nuestra sangre.»

«Hoy, como ayer, el sentido de la Universalidad de nuestro genio sólo podrá tomar cuerpo en una Asamblea augusta con esos pueblos, Asamblea de la Raza.»

«Existe un Patriotismo hispánico que no excluye, sino, por el contrario, integra y dinamiza el patriotismo español, el patriotismo portugués, el patriotismo argentino, el patriotismo brasileño. Sumados en una especie de Supernacionalismo («la Hispanidad»), contribuirían a que resplandeciese una nueva Civilización universal.»

«Como aquellos estudiantes hispanoamericanos de un día, habría hoy que repetir: ¡Camaradas del ideal, defended nuestro patrimonio del *Latinismo* (máscara francesa) y del *Panamericanismo* a lo Monroe! Defendednos de la célebre frase que Estados Unidos lanzó en la última Conferencia panamericana de Santiago cuando dijo: ¡Dad la espalda a Europa! ¡Cesad de mirar hacia Madrid!»

«Con ese Supernacionalismo—traducido en una Alianza o especie de Liga o Anfictionía—, Portugal y España recobrarán en Europa la preponderancia que les corresponde, al paso que en América, las patrias procedentes de la Península, curadas de las llagas que internamente las laceran y llenan de desconfianzas, alcanzarán la supremacía para que Dios las convocó. No es otro el contenido de la Civilización hispánica. Otra no es la política del Atlántico, del Mare nostrum.»

«De no suceder así, se cumpliría la profecía de aquel español vidente cuando afirmara que «entonces todos esos elementos de nuestra Raza habrían de resignarse a no figurar ya sino como restos descompuestos, cadáveres de naciones, que los nuevos imperios devorarían a título de limpiar la superficie del planeta».

«*Pero*—y éstas son palabras iniciales por el tiempo y finales por su obra: de Oliveira Martins—*creemos en una España venidera más noble y más ilustre aún que la del siglo XVI. Estamos obligados a creer que el papel de apóstoles de las futuras ideas está reservado a los que fueron los apóstoles del antiguo ideal católico.*»

«*Ya presentimos bien dónde han de conducirnos las fuerzas secretas de nuestro genio, del genia inmortal de la Gran Madre Hispania. Eje de la Civilización, por la íntima y completa convergencia de todas sus tendencias hacia lo Absoluto; con la llamarada sagrada del Cristianismo, Hispania salvó antaño por la Cruz y la Espada a la Humanidad de una noche profunda y casi sin esperanza. La misma noche se condensa trágicamente hoy sobre nuestras cabezas. ¡ARRIBA, hispanos de ambas márgenes del Atlántico!*» Palabras éstas, finales, de Sardinha.

Con esas finales palabras de 1924, en su Quinta da Bispo, terminó su profecía genial el vate portugués, que supo interpretar y resumir aquellas de los dos poetas anteriores.

Al cabo de un cuarto de siglo, el discípulo leal de ese pensador en la política portuguesa—Dr. Oliveira Salazar—abrazaba a Franco, también seguidor político de las mejores profecías hispánicas.

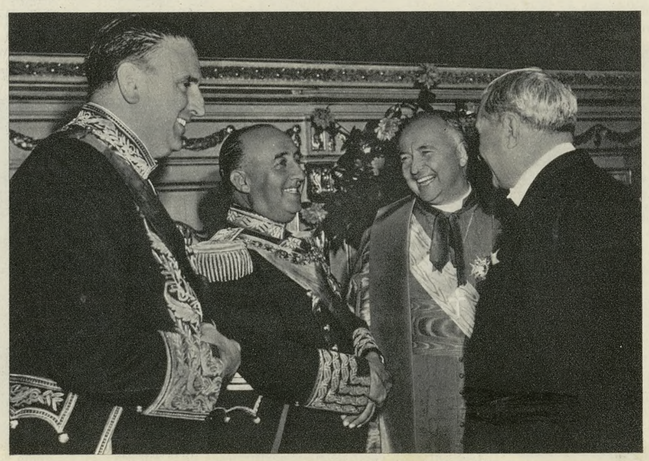
¿Tiene ahora sentido el viaje de Franco a Portugal? ¿Tiene ahora explicación la acogida «prodigiosa»—casi mística—de Portugal a Franco?

Suenan los himnos nacionales de los dos países ibéricos y el Caudillo y el Mariscal Carmona en la tribuna de honor, la rígida actitud militar del saludo. A su lado, las señoras de Franco y Carmona, el Patriarca de Lisboa, Dr. Gonçalves Cerejeira; el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo, y otras personalidades.

El pueblo de Lisboa, estacionado en la Rua Augusta, aclama al Caudillo español en su camino de la ciudad, hacia el Palacio de Queluz. Aceras y balcones repletos de gentes testimonian el fervoroso recibimiento al ilustre huésped. Este entusiasmo popular del día de la llegada se repitió en todo momento durante la permanencia de Franco en Portugal

En la Cámara Municipal de Lisboa, el Caudillo, pocas horas después de su llegada a la ciudad, firma en el Libro de Honor de la Corporación. Acompañan al Jefe del Estado español, entre otras personalidades, el ministro del Interior portugués, ingeniero Cancela de Abreu, y el presidente de la Corporación municipal lisboeta, teniente coronel Salvaçao Barreto.

En el Palacio presidencial de Ajuda, durante la recepción ofrecida por el Mariscal Carmona, el Generalísimo Franco sostiene una conversación con el Jefe del Gobierno portugués, doctor Oliveira Salazar, en la que se halla presente el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo.



Franco conversa en el Palacio de Ajuda con el Cardenal Patriarca de Lisboa, el Jefe del Gobierno portugués, señor Salazar, y el ministro de Asuntos Exteriores, Dr. Martín Artajo.

La colonia española de Lisboa rinde fervoroso y expresivo homenaje al Jefe del Estado español, Generalísimo Francisco Franco, quien saluda efusivamente a sus compatriotas.

La emoción de lo HISTORICO

Por LUIS DE GALINSOGA

YO he visto tililar en tres ocasiones las lágrimas en los ojos serenos del Caudillo de España durante su estancia en Lisboa. Le he visto también reaccionar inmediatamente, recobrando su habitual entereza, pero sin hacer traición a su facilidad emotiva y a su tierna bondad de alma, que han sido las dos prendas personales del Generalísimo triunfadoras en el viaje a la nación vecina. Franco, en verdad, ha convencido al pueblo portugués en el primer contacto. La inicua propaganda de tantos años contra él se ha transfigurado fulminantemente en su favor, sin él hacer otra cosa que mostrarse como es. Pero, decía al principio y no quiero distraerme de tema tan agradable, que yo he visto asomar esa emoción fácil del Generalísimo a sus ojos en tres momentos singulares. A saber: el día en que en el Palacio de Queluz recibió el homenaje entrañable de la Colonia española; en la Universidad de Coimbra, al ser investido Doctor; y, finalmente, durante los abrazos de despedida en el aeropuerto de Campo Pequenho al Presidente Carmona y al estadista Salazar. Yo quiero resumir en estas tres estampas la impresión que MVNDO HISPANICO me pide, honrándome mucho con el encargo, pero abrumándome todavía más, porque es imposible condensar en los breves términos de un artículo periodístico, las emociones de aquellos siete días inolvidables que há vivido la hermandad lusoespañola.

Emoción ante la Colonia española. ¡Cuántas gentes de aquellas, de toda especie y condición, como diría la Biblia, que desfilaron ante Franco para estrechar su mano, besándole muchos, abrazándole no pocos, todos respondiendo a su peculiar temperamento y psicología, pero todos también con un nudo de emoción en el corazón. ¡Cuántas gentes —digo— de aquellas no habrán soñado con el momento inefable, que al fin llegó el domingo 23 de octubre de 1949!; tener a Franco cerca, verle, sentirle, estrechar su mano. Muchos de ellos, la inmensa mayoría, entre los varios miles, no lo habrán visto jamás y acaso tuvieran de él un concepto mítico que se fundó al contacto con el calor de la humanidad del Caudillo. Todos aquellos españoles, y cada uno de ellos, era un pedazo vivo del alma y de la tierra que la espada vistoriosa de Franco había rescatado y por las cuales sigue velando el centinela que no se releva.

Emoción de Coimbra. Cuando el Caudillo ha pasado junto a mí, sin su habitual atuendo militar, sin siquiera su traje de paisano de las corridas de toros o de las carreras de caballos, sino extraña y raramente, por vez primera, revestido con los amplios pliegues de la toga latina, ya he reconocido en su perfil serio y casi hierático el ascetismo de su vida, mitad militar y mitad monacal. Pero así como debajo de la túnica laticlavia iba, en verdad, el soldado, la túnica no era en él una máscara, porque, como resonó con acentos inolvidables de emoción en aquel paraninfo, Franco se había hecho acreedor al doctorado en Derecho en la gloria de Coimbra, porque su espada, aquella tarde en descanso, había salvado precisamente al Derecho y al orden legal y a la paz y a la Justicia de la Península Ibérica. Yo observaba en cada uno de aquellos sabios profesores, de las más diversas edades y disciplinas y también de las más heterogéneas ideas y juicios sobre problemas y dogmas políticos, cómo se sentían todos orgullosos del recentísimo colega. Pero observaba más, que es lo mío de este momento. Observaba que también los ojos de Franco se nublaban de emotividad bajo aquella bóveda de Historia y de Cultura que es la vieja Coimbra, en donde, por cierto, fué armado caballero, según la leyenda, Rodrigo Díaz de Vivar, y en donde realmente un Cid contemporáneo de la raza ibérica era investido aquella tarde, en nombre de la cultura a la que salvó, de Doctor por derecho propio.

Emoción de la despedida. Y, finalmente, he visto cómo la proverbial entereza del Caudillo se ha derretido también en su mirada cuando en el aeropuerto se disponía a tomar el avión para regresar a Madrid. Fué en el momento de abrazar al Presidente Carmona y al Jefe del Gobierno, Oliveira Salazar. Acaso la Historia —de la cual nosotros, los periodistas, al fin y al cabo, no somos más que acarreadores de detalles, pero no somos nada menos que fedatarios de instantes tales como el que yo aquí invoco— no registre nunca el fasto que aquel abrazo representa para la vida y para la salvación de Europa y de una cultura y de una espiritualidad intercontinental. Pero, desde luego, para el más modesto periodista de los que allí había, para mí, que esto escribo, aquel abrazo fué sellar un pacto histórico. Un pacto histórico entre dos naciones que, como ha dicho Oliveira Salazar, son «dos hermanos con casa separada en la Península, tan vecinos que podemos hablarnos desde los balcones, pero seguramente más amigos por ser independientes y celosos de nuestra autonomía». Nunca asoman en balde las lágrimas a los ojos del Caudillo Franco, porque nunca un hombre que está en posesión de las cuatro virtudes cardinales se emociona si no es porque sacude su corazón el escalofrío de la trascendencia de sus actos históricos.

Los antiguos combatientes portugueses de la guerra civil española renuevan su admiración por el Caudillo español. Franco, exponente máximo del heroísmo hispano, fraterniza con estos antiguos soldados de su causa.

El Caudillo, su esposa, doña Carmen Polo de Franco, y los ministros Sres. Caeiro da Mata, Martín Artajo y almirante Regalado, ante la milagrosa imagen de la Virgen de Fátima.

UNA HORA EN FATIMA

Por W. FERNANDEZ FLOREZ (De la Real Academia Española de la Lengua)

HE oido decir que una alta personalidad eclesiástica procuró en Portugal que Cova de Iria, el lugar de la aparición de la Virgen a unos niños pastores, conservase en todo lo posible su sencillo carácter natural. Ignoro si existió tal propósito, pero desde luego puede afirmarse que la tentación de industrializar la devoción, que a veces exalta a gente poco escrupulosa, se mantiene alejada de Fátima. No se dejó allí que los mercaderes entrasen en el templo, y hasta hace poco y por la imperiosa necesidad de ahorrar penalidades al creciente número de peregrinos, no se abrieron cómodos accesos hasta el Santuario.

Cova de Iria mantiene la humildad de su paisaje. La depresión que le dió nombre —*cova:* cueva— ha sido terraplenada, también porque así lo exige la acumulación de tantos como acuden a orar ante la Virgen. Lo demás, continúa idéntico. Apenas la basílica —alba como la imagen—, sin pretensiones arquitectónicas, sin belleza que atraiga al simple turista, y los dos largos edificios destinados a albergue que limitan a uno y otro lado el santo lugar. En sus proximidades, los viajeros pueden contemplar pinares —el pino es humilde— que se hacen más ralos conforme se acerca Iria, y una tierra pedregosa en la que la arcilla es a veces blancuzca y a veces rojiza y donde los campesinos alcanzan a ver cómo un maíz raquítico ofrece lós gallardetes de sus hojas al viento de Fátima, un viento asimismo pobre, que se perfuma con olores agrestes y trabaja en los molinos que coronan la más próxima altura.

Todo es austeridad. En el pueblecillo de Fátima las viviendas aldeanas se alínean junto a algunas casas burguesas. Ningún gran hotel. Las medallas, las estampas, las garrafas y cantimploras para llevar el agua de la fuente que brota en el centro de la explanada, se ofrecen al público en modestas barracas que no resistirían un vendaval. Es preciso recorrer bastantes kilómetros para que el paisaje se modifique y distraiga con sus seducciones de la fuerte y mística preocupación. Entonces se encontrará hacia un punto el magnífico monumento de Batalha, la mejor joya de la arquitectura religiosa de Portugal, y hacia otro punto, el bello castillo de Ourem, encaperuzando un monte e impregnando de romanticismo un amplio panorama guardado con sus caseríos y su verdor en el vaso de las montañas.

Cuando el Caudillo, en una tibia mañana de octubre, llegó a Cova de Iria, eran pocos los peregrinos. Seguramente tendrá una impresionante solemnidad la reunión de millares de fieles ante el modesto cobertizo que protege la capillita alzada en el lugar de la aparición. No he presenciado el espectáculo, que se repite el día 13 de cada mes. Las veces que estuve en Fátima, y en las horas en que visité la capilla, no éramos muchas las personas que allí nos reuníamos, y la relativa soledad daba un encanto tan profundo al lugar que dudo de que haya otro de más penetrante emoción. Era como si nuestra alma no se pudiese ocultar entre otras almas, y nuestra súplica y nuestra veneración se hiciesen más notorias. Quizá fuese un poco pueril la idea, pero la estimulaban aquel ancho silencio y el paso leve y en puntillas del viento de la altiplanicie que llenaba el ámbito con su presencia de peregrino invisible. Inclinada la frente, el Caudillo rezaba ante la imagen. Si lo inmaterial ocupase sitio, la inmensidad que se extendía entre aquella tierra de color de sayal y el cielo donde unas nubecillas blancas peregrinaban también, estaría repleta de ruegos, de imploraciones, de ansias y de gratitud, hasta bastarse para convar la bóveda del firmamento. Quién lleva sus penas, quién sus esperanzas y hasta los dolores del cuerpo atormentado insufriblemente por una enfermedad. Muchas veces estamos solos en el rezo, como estamos solos en la vida. Pero, los españoles que vimos orar al Caudillo en Fátima, pudimos pensar con seguridad de acierto: —Hasta en lo que suplique para sí, pide para nosotros, para la salud y la felicidad de España. Es el jefe valeroso, honrado, sin ambiciones bajas ni egoísmos. ¡Escúchale, Señora!

Tres «fotos» de los actos celebrados en la Universidad de Coimbra: Arriba: el Caudillo Franco mientras atraviesa la «Vía Latina».—Abajo: el Generalísimo en la sala de capelos, acompañado de su padrino académico, Cardenal Patriarca de Lisboa.—A la izquierda: Francisco Franco, nuevo doctor «honoris causa», ya investido con las insignias doctorales.

FRANCO en COIMBRA

Por EUGENIO MONTES (De la Real Academia Española de la Lengua)

HAY dos tipos de portugueses, y sólo dos. Unos, a pesar de la mocedad, no conservan nada. Los otros, de cualquier cosa les queda un son de agua y de versos, un poco de duda en la nostalgia y una musa declinando casos entre los flecos de la orla doctoral. Son los antiguos estudiantes de Coimbra. Unicos a quienes este país reserva los altos puestos de responsabilidad, madurez y mando; y un privilegio más alto todavía: haber tenido juventud.

«Quem não viu Lisboa, não viu coisa boa», quien no se matricula en la curva del Mondego ignora las dos asignaturas que dejan un perfume eterno: el saber y el amor. ¿No habéis andado la Vía Latina ni melancolizasteis en el «Penedo de saudades»? Lo siento; porque perdisteis lo mejor de la vida, ese tren que por aquí pasa dos veces con lenta añoranza, y por otros lados cruza de mala gana, en túneles.

¡Feliz quien se ha dejado el corazón en Heidelberg! El año 1935 subía yo con José Antonio el florido monte que va del Neckar al patio de esa famosa Universidad germánica.

—Una ausencia sufriré siempre—me confesó nuestro doncel—: no haber cursado aquí en mis mocedades. Me duele en el alma no haber recibido en esta colina la primavera antigua. Siempre me resentiré de haberme tropezado con la vida en la polvorienta y reseca calle de San Bernardo, a la entrada de aquel horrible caserón.

El pobre José Antonio se fué sin haberse licenciado al borde de un río dulce, apacible e ilustre. Francisco Franco—que es José Antonio con fortuna, amado por los dioses en vida como el otro en muerte—fué ayer escolar en la orilla de la égloga lusitana, y ya siempre será maestro por esta Universidad gloriosa. Ya habréis comprendido las quejas de José Antonio. Es cierto que el espíritu sopla donde quiere. Pero también que no quiere soplar en grandes ciudades desangeladas y barullentas, reservándose para unos pocos, muy pocos lugares, apartados del mundanal ruido y afilados en chopos de vigilante vocación. El espíritu europeo es un escolar humanista y jurista como una antología de Universidades florecida junto a susurrantes ríos poéticos. Es Heidelberg, Malburgo, el París de San Luis de Notre Dame; es Oxford, es la Brujas de puntillas y canales de Juan Luis Vives; es el Arno de Dante y Beatriz; fué la Salamanca de la flecha; el Henares de Cervantes; es aún, aún la Coimbra, por cuyo Mondego reman los suspiros de Camoens, cuyas rúas pinas subía a saltitos, como un pájaro, el padre Suárez, y cuyas torres revuelan los versos de Antonio Nobre, o repican bronce en loor de Francisco Franco.

Realmente el espíritu ni es una cosa continua—porque no es cosa—ni versátil. Sopla si le dan chispa; ayuda al anhelo; corresponde al amor. En Salamanca y Alcalá sopló cuando España lo amaba desinteresadamente; y de España se nos fué, desganado y desengañado, cuando las Universidades se convirtieron en estancos de títulos, expendedurías de diplomas y oficinas. Cometimos el error de derivar la Universidad del Estado, en vez de derivar la sociedad y el Estado de la Universidad. Tal vez esa inversión haya causado nuestra desgracia; tal vez la mayor suerte de Portugal consista en conservar en eso la consecuencia lógica, el principio en el principio, la cabeza en la cabeza, los pies en los pies.

En España, ser doctor no significa nada. Nadie exige ese título en el trato privado y público, ni a nadie se le da como señal de respeto y rango. En cambio, en Portugal resulta difícil poseer jerarquía alguna sin la muceta doctoral. Y en el Occidente entero ocurre algo así. Pero no todos los doctorados valen aquí lo mismo. Coimbra tiene, merecidamente, la preeminencia porque su Universidad otorga realmente más sabiduría que Lisboa y Oporto, y requiere más encendida dedicación. Por eso, la Presidencia del Consejo, el Patriarcado, los ministros de Asuntos Exteriores, Hacienda, Educación Nacional, etc., etc., han salido de este claustro, alma máter del país. Cuando el Rey Trovador puso la capital en el Tajo, supo dónde la ponía; pero dejándole a Coimbra la Universidad, le dejó la mejor parte. Este claustro conimbricense, orgulloso de encarnar una tradición noble y viva, le confirió ayer su insignia al soldado y estadista que hizo posible la culta paz peninsular, cuyas leyes encarnan un nuevo ámbito del Derecho y cuya obra le señala al mundo un camino de continuidad y de salvación. Antes de abrazar a sus compañeros de claustro, abrazó Francisco Franco, en modo simbólico, la urbe que le hizo doctor. Su abarcadora mirada ciñó rápidamente la ovalada colina donde tuvo su agonía Juana la Beltraneja, y en cristal y plata tiene su tumba, en olor de santidad, la Reina bajo cuyos celestes ojos se hizo el primer edificio universitario. A la izquierda queda la Quinta das Lágrimas, por cuyos cedros corre la rumorosa fuente, sollozando con voz de Camoens la elegía del amor infeliz y triunfal. La torre Do Anto. Santa Cruz. Ahí, una noche enlunada vió Eça de Queiroz, adolescente, al gran Antero de Quental. Cerca, la ventana por la que el gigante poeta lacerado tiraba al viento, a la nada, sus versos, en pedacitos que rompía meticuloso, diciendo: «Hace falta ritmo hasta en la destrucción.» ¡Siglos sin esperanzas! No. Mejor esto otro. Esto del litúrgico siglo XVII, del ceremonioso siglo XVIII, y de ahora: el ritmo en la construcción.

Rítmicamente suenan las trompetas en la Sala dos Capelos. En los cristales, la llovizna pone un sordo contrapunto con no sé qué de bautismal. Todo tiene solemnidad y gracia de carisma. Dios le dió a Franco los dones que la humana inteligencia confirma. Con religiosa unción, el rector abre los libros; recita el Caudillo la fórmula latina y pone en su dedo el rubí que corresponde a su Facultad: el doctoral anillo de las nupcias con el saber y el Derecho.

Justicia ha sido hecha. Hace trece años una monstruosa confabulación de sectarismos e inepcias le llamó a la noche día; al día, noche; luz a la sombra, sombra a la luz; defensor del Derecho a Negrín, y tirano a Franco. Ahora, espontánea y libremente, en su independencia altiva y su conciencia insobornable, la siete veces secular Universidad de Coimbra, depositaria de ilustres tradiciones y de la gran escuela jurídica cristiana, pone las cosas en su punto; le restituye a las palabras su sentido y lleva a su claustro a nuestro paladín.

En el Palacio Real de Ajuda, el Mariscal Carmona ofreció un banquete de gala al Jefe del Estado español. Fueron comensales todos los miembros del Gobierno portugués, séquito de S. E. el Generalísimo y Jefes de las representaciones diplomáticas acreditadas en Lisboa. En la «foto» de arriba, los dos Jefes de Estado en animado coloquio, antes del banquete.

DOS PUEBLOS ESCRIBEN SU MENSAJE

Por ISMAEL HERRAIZ

EN la mañana del vtnturoso arribo de Franco a los muelles de Lisboa, el gran periódico «O Século» escribía: «Dada la situación actual en que se encuentra España entre las demás naciones, que la repudian en nombre de unos principios de más que dudosa sinceridad, es indudable que esta visita del Generalísimo Franco se reviste de un significado que no puede dejar de tener en los medios cosmopolitas hostiles una cierta resonancia.» Sea o no cierto ese eco extrapeninsular de las entrevistas y ceremonias de Lisboa, la verdad es que esa intención no constituía el objetivo esencial del viaje, e incluso podría decirse que no ha sido ni siquiera un objetivo. Si la visita del Caudillo a Lisboa ha encontrado un punto tan apasionado de clamor popular, el suceso, más que una sorpresa, ha de interpretarse como el entendimiento lógico de dos regímenes de igual veracidad política y de idéntica significación nacional. El mundo acaso no querrá darse por enterado. Hecho a la sorpresa, habituado a darse de bruces con la pobre realidad de cada día, no tiene el pulso acostumbrado a estas explicaciones sencillas. Encuentra poco racional que sin una mala bomba atómica en sus despensas, españoles y portugueses hablen con naturalidad del tiempo de Europa y de sus problemas. El anticomunismo, convertido por esos mundos en una especie de fórmula química, se encuentra insensibilizado para entender el fondo moral de estas grandes y fraternas fiestas que ha vivido la Península Ibérica.

ESPAÑOLES EN PORTUGAL

Cuando en la mañana del domingo día 23 de octubre llegábamos a Queluz, la llovizna aconsejaba toda postergación del entusiasmo. A 18 kilómetros de la ciudad, en un día tan hosco, parecía imposible reunir a aquella multitud española que se agolpaba a las puertas del hermoso palacio. Rostros y vestidos de fiesta, con sus banderas españolas y portuguesas en alto, todos nuestros compatriotas buscaron esta oportunidad de acercarse al Caudillo. Sin una sola deserción, con fiel algarabía de romeros, todo el mundo hizo buena cara al mal tiempo y llegó como pudo hasta Queluz. Entraba la multitud apretujándose como un rebaño por el ancho portalón del palacio, arrollando la paciente cortesía de la guardia, entremezclándose en el tumulto y en la alegría los grandes hombres del comercio y de la industria española en Lisboa y los camareros, los trabajadores de las fábricas, los profesores y alumnos del Instituto Español, la chiquillería de todas las familias, las monjas y los frailes. En el gran salón, el calor y la aglomeración eran imponentes. Los diplomáticos agitaban un poco el aire con sus chisteras y alguna elegante dama naufragaba literalmente entre sus pieles... Cuando apareció el Caudillo, el griterío amenazó con derrumbar las bóvedas—por primera vez Franco se enfrentaba fuera de España con españoles—. Un encuentro inenarrable. El personal de la Embajada, los oficiales portugueses del séquito del Caudillo, periodistas y fotógrafos trataban de contener aquella avalancha, que se lanzó hacia Franco tan pronto como su figura militar se presentó ante la gente. Fué un grito único, ronco y colosal. El Caudillo contemplaba con una mirada trémula aquella explosión de entusiasmo. Era como el grito contenido de la Patria lanzado a volar en un aire amigo, casi como una acción de gracias española por esta acogida portuguesa a la más alta representación de nuestra vida nacional. Los vivas a Portugal eran, si cabe, más altos y poderosos que los vítores a España. El entusiasmo patriótico de las gentes se trocaba en las gargantas en una suerte de agradecimiento tumultuoso de felicitación al pueblo que les acoge y nos acogía. Franco habló a la gente precisamente en esa diplomacia popular que acerca los corazones y que hace posible el entendimiento sincero de las diplomacias oficiales. Durante más de una hora, el Caudillo estrechó, una a una, las manos que se le tendían de todas partes, acarició a los niños y se dejó envolver por aquella oleada familiar, llena de bendiciones y de ingenuos y profundos afectos. Bajo la lluvia, la gente tornaba a Lisboa con una alegría renovada, como si una bandera se agitara en cada corazón.

ENTREVISTA CON SALAZAR

El Presidente del Consejo de Ministros portugués, doctor Oliveira Salazar, tuvo la atención de recibir en su despacho oficial a todos los periodistas españoles, tanto a los que residen habitualmente en Lisboa como a los enviados especiales de periódicos, Radio Nacional y Noticiario Cinematográfico. Ni uno solo quiso perder aquella oportunidad feliz de saludar al preclaro político lusitano, y durante unos minutos el compacto grupo de periodistas españoles turbó el asombroso silencio del palacio de la Asamblea Nacional. Sobre la suave colina que ocupó el antiguo convento de San Bento se alza la mole blanca del palacio. Una gran quietud, dentro y fuera del edificio, gana desde el primer momento al visitante. No hay coches a la puerta ni por los pasillos cruzan mecanógrafas vampiresas ni burócratas ociosos. Una quietud inmensa de archivo, de museo. Ujieres silenciosos precedieron al visitante hasta la antesala del Presidente. Llenamos simplemente una hoja con nuestra firma y escribimos al lado nuestro destino profesional. Después, sin más trámites, precedidos por Eugenio Montes, agregado cultural a la Embajada de España, entramos en el despacho de Salazar. En pie, con una sonrisa amistosa, sin el menor asomo de altanería oficial, el doctor Salazar, a quien acompañaban Antonio Ferro y Javier Martínez de Bedoya, escuchó los nombres de todos.

Salazar vestía un traje gris oscuro, ni muy viejo ni muy nuevo, cuello planchado y una corbata anudada con descuido. Es alto, robusto y un poco cargado de espaldas; con el pelo completamente gris y con un mechón caído sin alboroto sobre la frente. El color moreno, como de campesino. Nariz aguileña y ojos vivísimos y castaños. Entorna un poco la mirada y hay algo de socarronería en la sonrisa amistosa. Eugenio Montes llevó muy pronto y muy bien la conversación por los surcos de una cortesía intelectual y política que parece agradar mucho al Presidente.

—Y usted, Montes, ¿viene a fingirse periodista?—preguntó alegremente Salazar.

Montes defendió su profesionalidad y luego aludió, en nombre de todos, al deslumbramiento que cada periodista español llevaba en el recuerdo después de aquellos días pasados en Lisboa.

—La presencia del Generalísimo en Portugal—dijo Salazar—ha llenado de emoción y simpatía a nuestro pueblo. La ceremonia de Coimbra resultó magnífica, y, además, el discurso pronunciado allí por el Generalísimo ha sido, a mi juicio, muy importante: un discurso excepcional, llamado a tener una gran resonancia.

Montes aludió al recuerdo que todos los españoles asistentes a la ceremonia tuvieron para el profesor Salazar, precisamente en Coimbra.

—Desgraciadamente—dijo el Presidente—, mi salud, siempre precaria, me impide asistir a muchos sitios. Esa recepción habría sido para mí, por muchas circunstancias, especialmente grata; pero les aseguro que hay días en que me falta la media docena de horas necesarias para buscar compensaciones fuera del trabajo. De todas formas, constituye para mí una de las mejores satisfacciones de mi vida que haya sido la Universidad de Coimbra, y precisamente mi Facultad de Derecho, la que haya tomado tan alta iniciativa.

La conversación se hizo cada vez más cordial y sencilla. Salazar habló de Madrid, ciudad que conoció hace muchos años; de Velázquez, pintor de sus preferencias, a quien dedicó largas horas de admiración y deleite. Aludió festivamente a otros estilos artísticos modernos. Luego Joaquín Soriano, director del NO-DO, solicitó la opinión del Presidente sobre la cinematografía como elemento didáctico y de propaganda.

—Excepcional—replicó Salazar—. Las dos pasiones del siglo son el futbol y la cinematografía. El futbol no enseña nada y el cine puede enseñar mucho. Ahí reside su peligro. El analfabeto se pone en contacto visual con muchos problemas, y por el simple hecho de verlos puede llegar a creer que los entiende.

Se volvió nuevamente a hablar de la ceremonia de Coimbra. Eugenio Montes afirmó que esta consagración jurídica del Generalísimo en una de las Academias más ilustres y antiguas de Occidente revalida toda la tarea del Gobierno surgida después de la Cruzada española.

—Sí—dijo el Presidente—. El mundo occidental terminará por comprender un día quiénes son los que verdaderamente le defienden.

Luego cada colega aludió con entusiasmo a un aspecto de la vida portuguesa observado aquellos días de manera tan directa y cordial. Las obras públicas, la revalorización artística de temas portugueses, folklóricos y artesanos y la profunda y pacífica existencia de Portugal. Y después el Presidente nos despidió uno a uno, con un largo apretón de manos. Y así, nada más, vimos una mañana a este gran político portugués, cuyo lema fundamental constituye todo un simple pero enorme programa de Gobierno: «El progreso del pueblo bajo una vida en paz».

La prensa de los dos países no ha sido olvidada en este viaje del Jefe del Estado español. El Generalísimo recibe en el Palacio de Queluz a los periodistas portugueses y extranjeros, con los que conversó largamente, y Salazar, en el Palacio de Sao Bento, charla con los enviados especiales de la Prensa española.

La amistad luso-española ha tenido uno de sus exponentes más ostensibles, durante la reciente visita del Generalísimo español al Jefe del Estado portugués, en las manifestaciones de orden castrense. Durante las jornadas en que el General Franco fué huésped de honor de la capital lisboeta, ha presenciado repetidos desfiles militares, en que las banderas de todas las unidades de guarnición en la capital, testimoniaron la presencia del Ejército portugués en los actos inolvidables que Franco vivió en suelo lusitano.

LA AMISTAD DE DOS EJÉRCITOS

Por MANUEL VIGIL

EL muelle de las Columnas, que vió partir aquella nao «San Gabriel», que extendió Portugal hasta la India, ha sumado a su abultado álbum marinero la arribada de la escuadra española con su Capitán General; el muelle de las Columnas es, como se sabe, el lado marítimo (el Tajo es mar en Lisboa) del gran rectángulo del Terreiro do Paço. Las columnas que le dan nombre y solemnidad, emergiendo a uno y otro lado de la escalinata, bañada por el Tajo, son pedestal de gaviotas y juguete de las aguas, pues varias veces han sido arrastradas por la prisa de éstas. En 1903, para el desembarco de Eduardo VII, rey de Inglaterra, hubo que colocar en este muelle unas columnas de madera provisionales, porque la corriente había tirado las titulares. Si Su Majestad Británica se retrasa un poco, habría tenido que desembarcar renunciando al honor que, por delegación forzosa, representaban estas columnas «ad interim», porque al otro día se las llevó también el agua.

Pero ahora las columnas auténticas estaban firmes, blancas y tocadas de sus gaviotas. El buque insignia español fondeó ante ellas matemáticamente, y desde tierra se le veía enmarcado por los esbeltos y pétreos bloques, coronados cada cual con su ave marinera.

Eran las dos y media de la tarde del 22 de octubre. Los navíos de guerra españoles y portugueses estaban alineados ante la ribera lisboeta; la brisa alegraba las banderas de mar y tierra y poblaba el cielo el fulgurante estruendo de los aviones de caza. Las bocas de fuego de las escuadras y de la costa pronuncian y repiten y multiplican su lacónico saludo. Entonces desembarcó Franco.

Acabados los cumplimientos de la llegada, desde el blanco y abierto pabellón levantado al borde del mismo desembarcadero de las Columnas, el mariscal Carmona muestra a su camarada las nuevas armas de la nación lusitana. Por la calzada que discurre al hilo de la ribera, entre los cinco mil hombres de la guardia de honor apostados en el centro de la plaza y la tribuna de los dos grandes Jefes de Iberia, se desliza una rápida y sonora corriente de carros de guera, motocicletas y «jeeps» con ametralladoras, grupos motorizados de artillería ligera y de artillería pesada y antiaérea, camiones tractores arrastrando más cañones, un regimiento de caballería motorizado, con sus carros de combate, autos-ametralladoras y granaderos, y cerrando la marcha, las gruesas masas de los tanques pesados, los «Valentines» y «Centauros»; cuarenta y dos mastodontes metálicos, con nombres gloriosos a su costado: «Coolela», «Mangua», «Chamite» y otros hitos del heroísmo, siempre presentes en el espíritu portugués. Mientras, en el aire hacían también su calzada para desfilar los «Spitfires», «Hurricanes» y «Harvards», terminando con ello de colmar el Terreiro do Paço de esa nueva música castrense que interpretan con su veloz y fragosa marcha los motores de las fuerzas mecanizadas.

AVIONES EN TIERRA

Cintra, el mejor obsequio que el rey don Denis pudo hacer a la más encantadora reina de Portugal, doña Isabel de Aragón, la Reina Santa; allí donde más tarde el Rey don Sebastián escucharía a Camoens «Las Lusiadas», antes de sumergirse en el misterio de Alcazarquivir, es, además de un denso núclo histórico y sentimental de Lusitania, uno de los más bellos parajes que pudiera soñar el turismo internacional. Y una base aérea de primer orden, que en una clara mañana otoñal recibió la visita de Franco, cuarenta y ocho horas después de su desembarco en las Columnas. Cien aviones con sus equipos tripulantes formados al pie de los aparatos, alineados en tierra, guardan silencio y quietud mientras la vista de Franco les recorre atentamente.

EL ARMA DE SIEMPRE

A poca distancia de Cintra está Mafra. El carillón del Monasterio saluda la llegada de Franco, interpretando la Marcha Real, como si una gran caja de música se hubiera puesto en movimiento. Tras las fuerzas motorizadas y aéreas, la infantería. Mafra, su monasterio, de dimensiones escurialenses, y el bosque frondoso, la «Tapada» de Mafra, constituyen la Escuela Práctica de Infantería, donde, en traje de faena, las Milicias Universitarias de Portugal montan una viva semejanza de guerra. Bajo un fuego rápido y real, pegados a un terreno descubierto y cuesta arriba, los universitarios rinden exámenes brillantes de su preparación militar ante Franco, que les observa desde una posición protegida por sacos terreros. Cuarenta minutos de combate, desarrollado como se desarrolla un teorema y ganado como se gana una batalla: con preparación y coraje. Y allí, en Mafra, Franco termina su jornada recibiendo su título de general del Ejército portugués, que tan resplandecientes demostraciones le está dando de sí.

LA ULTIMA INVASION

Junot mandó la primera invasión francesa de Portugal, en 1807. Dos años después, las tropas napoleónicas, ahora dirigidas por Soult, invaden el país por segunda vez. Y en 1810 se repite la invasión francesa por tercera vez y última con Massena al frente, que es derrotado en Busaco por las tropas luso-británicas, cuyo jefe es Wellington. Busaco fué algo así como el monte Carmelo de Portugal. Es un monte recubierto por espesísimo bosque, que en muchos puntos no deja llegar al suelo los rayos del sol. Donde estuvo el convento de las Carmelitas se eleva ahora la sorprendente arquitectura, de gran escenografía romántica, de un edificio que se construyó para Palacio Real y con el tiempo vino a ser regio albergue de viajeros. El día anterior al de su marcha, Franco, que había dormido allí después de recibir la muceta de Coimbra, estuvo oyendo, desde el mismo lugar donde radicó el puesto de mando, la historia y desarrollo de aquel combate que inició el fin de la dominación napoleónica en Portugal.

MEDITACION Y HOMENAJE

Quedan ya muy pocas horas de estancia al Generalísimo español y general portugués, en la nación lusitana, cuando todavía, en el camino de regreso a Lisboa, después de su viaje a Coimbra, Busaco Liria y Fátima, Franco se detiene el el monasterio de Batalha, compendio del gótico al manuelino, uno de los monumentos definitivos de la civilización cristiana de Occidente. Ante la estatua yacente del infante don Enrique, el que hizo quebrarse en un espléndido imperio la pavorosa leyenda del cabo Bojador, Franco se queda como abstraído. De repente se vuelve hacia su esposa y le pide un ramo de flores conque la habían obsequiado. Son dalias rojas y dalias gualdas, que Franco extiende sobre la tumba del fundador como cubriéndola con la bandera de España. Después, en el antiguo refectorio, donde hoy yace el Soldado Desconocido, iluminada ensoñadoramente la cámara mortuoria por una luz de aceite, y en tanto resuenan las voces graves y dulces de una masa coral que reza cantando himnos religiosos, Franco rinde homenaje al heroísmo portugués.

Así ha sido de detallado y de profundo el diálogo del Generalísimo español con las armas portuguesas, que tan gentilmente le han recibido por general suyo. Prueba de que la amistad de los dos Ejércitos vela por la amistad y la independencia de las dos naciones.

Acompañado del ministro de la Guerra portugués, teniente coronel Santos Costa, el Caudillo presencia desde un estrado las maniobras militares celebradas en Mafra. Conversa con el Jefe del Estado español el agregado militar a la Embajada de España, teniente coronel de Estado Mayor, don Carmelo Medrano. El almirante Regalado, ministro de Marina español, y los ministros portugueses de Comunicaciones y Obras Públicas, figuran también entre las distintas e ilustres personalidades que recoge esta foto.

Señorío del pueblo y del paisaje de Portugal

Por Luis Calvo

LA visita del Jefe del Estado español a Portugal se ha fijado para siempre en la memoria de cuantos tuvimos la oportunidad feliz de contemplar los muchos espectáculos, ceremonias y fiestas populares a que ella dió ocasión. Los portugueses dejaron «al sentimiento la razón», como dice un portugués calderoniano. Remanecía la antigua comunidad cristiana y peninsular, popularmente proclamada en las calles de Lisboa, en los caminos y carreteras, en los teatros, en la plaza de toros, en la Universidad de Coimbra.

Lo que verdaderamente nos impresionó a todos fué el calor con que el pueblo portugués recibió al Generalísimo Franco, y, desmintiendo su fama de frío y reservado, se entregó al entusiasmo de las aclamaciones, con banderas españolas en la mano, al paso del coche abierto, donde, a la derecha del Mariscal Carmona, iba el Caudillo el día de su llegada a Lisboa, atravesando, camino del Palacio de Queluz, las calles céntricas de la ciudad. La más popular de todas las fiestas que presenciamos en Lisboa fué la «toirada», en la plaza de toros de Campo Pequeno. Fué también la ocasión en que con mayor ímpetu se desbordó, en homenaje a Franco, el entusiasmo de los portugueses. Espectáculo, por cierto, inolvidable y digno de ser cantado en romances gongorinos. El programa lo calificaba de «toirada de gala a antiga portuguesa», y en España y en el mundo no se tiene la más remota idea de su fastuosidad y riqueza de ornamentos y aderezos. No puede hoy siquiera concebirse un espectáculo tan suntuoso y tan guarnecido de cortesanía, de rizos y encajes como el que el domingo presenciamos. El ornato de la plaza era espléndido e impresionante a primera vista. Todo el techado estaba lleno de trofeos, con las banderas portuguesas y españolas, y en las columnas de hierro que lo sostienen y que sirven de separación a los palcos, había cestas rojas y amarillas, hechas con caña de la isla de Madera y junco índico. De todos los palcos pendían reposteros de brocado, unos con armas de España y de Portugal, otros con los blasones de las grandes casas nobles lusitanas y otros, en fin, con las insignias de las Ordenes militares. El rojo y gualda de la bandera española aparecía por doquier en las más variadas y artísticas combinaciones. En el antepecho del palco oficial había un friso de crisantemos y dos espléndidas colgaduras de terciopelo con los escudos de Portugal y de España. Por todas partes flores y perfumes naturales.

Cuando el General Franco se asomó a su palco para contemplar este magnífico espectáculo, todo el inmenso jardín del graderío se puso súbitamente en acción. La gente, en pie, agitando banderas españolas, gritando: «¡Franco, Franco, Franco!» y aplaudiendo desaforadamente, saludó al Jefe del Estado español y a su esposa (ambos sobrecogidos un poco por aquellas vibraciones), y cinco minutos transcurrieron sin que el pueblo de Lisboa se diera cuenta de que estaba enronqueciendo en su delirio.

Les diré brevemente lo que fué esta «toirada». En ella no intervinieron más que «cavaleiros», descendientes de familias rancias del país, y hasta los «moços de forcado» eran nobles portugueses con el título de «amadores» (**amateurs**). La «cortesía» fué ejecutada por un hidalgo embozado, caballero en una espléndida jaca, el cual daba al viento una hermosa capa negra, e iba todo él vestido de negro, con un airoso chapéo de plumas sobre la melena rubia. Lo llaman el «Neto», y creo que es un caballero reminiscente de los tiempos medievales, en que los reyes de Portugal daban o negaban su venia a las corridas. El «Neto» iba embozado para que el fallo regio no se dejara influir por el rostro de su noble súbdito. El presidente—que era también un «cavaleiro» y viejo rejoneador—autorizó graciosamente la corrida (la «toirada»), y el embozado se descubrió entonces, haciendo un ademán gentil de gratitud. Empezó en seguida el desfile o despejo. Primero, los «charameleiros», que yo diría los heraldos, vestidos de blanco y negro (colores de la ciudad de Lisboa), sobre caballos engualdrapados de lo mismo. Eran dieciséis, dirigidos por un tambor mayor, y lanzaban al aire las gallardas notas de su trompetería. Siguieron a pie los pajes, que eran doce, vestidos también de blanco y negro, precediendo y acompañando a la carroza de los «cavaleiros», que era la de Juan V, una de las más hermosas de Portugal. Tiraban de ella seis caballos blancos enjaezados de oro, y dentro iban sentados los seis «cavaleiros», los seis rejoneadores que tenían que correr los toros, seis de los más nobles varones de la nación portuguesa. Luego entró la acémila de las «farpas», es decir, de las banderillas, rejones, etc. Iba conducida por criados y mozos de tabardo. Los acemileros quitaron la gualdrapa roja que cubría las dos arcas, que iban a lomos del animal, y donde se supone que están encerrados los instrumentos para correr y herir al toro. Las arcas fueron puestas en la arena. Entonces entraron los gentileshombres que habían de actuar de «moços de forcado», de Santarem, y todo el incontable tropel de servidores de los «cavaleiros», a saber: banderilleros, «andarinos», que son unos muchachos vestidos de blanco y con barretina, las cuales acompañan y ayudan como pajes a los rejoneadores; los «papagaios», que son algo equivalente a los monosabios españoles, y los «campinos» o mayorales, los «carecas» o empleados, etc. Se colocaron artísticamente distribuídos, conforme a un riguroso orden jerárquico, por el ruedo, después de recorrerlo varias veces, haciendo reverencias al palco presidencial, donde estaban la esposa del Presidente de la República portuguesa, el Generalísimo Franco y su esposa, Oliveira Salazar y el séquito.

Y así, gozosamente apercibido el ánimo, empezó la «toirada». Advertimos entonces que los «cavaleiros» rejoneadores llevaban a la espalda un lazo de crespón negro. Una antigua tradición les obliga a guardar este luto perenne. Ello fué que en Salvatierra, un día de «toirada», a principios del siglo XVIII, el primogénito del marqués de Marialbo, doncel arrogante y enamorado, cuya dama estaba presente junto al marqués, fué mortalmente herido por un toro. La dama dió un grito, y el padre del «cavaleiro», que tenía más de sesenta años, se arrojó a la plaza y mató al toro asesino. Ese día fué el último día en que se lidiaron toros de muerte en Portugal. Lo prohibió el marqués de Pombal, y desde entonces es riguroso «embolar» los cuernos. El luto por el hijo del marqués de Marialbo es obligado en todas las «toiradas» del país.

Para no ser prolijo en demasía, hago al lector merced del arte y gallardía de los rejoneadores portugueses, algunos, como Simao da Veiga, famoso también en España y en América, y otros que merecen serlo, como Juan Nuncio, el mejor «cavaleiro» de estos tiempos, y Mascarenhas. Los brindis al Caudillo fueron ceremoniosos, llenos de gentileza y donosura y aplaudidos por el público, que, finalmente, descubierto, aunque llovía, y ronco, despidió con sus gritos y aplausos jubilosos al Jefe del Estado español y a Salazar.

MONÓLOGO DA TERRA PORTUGUESA

Olá, senhor! Ben hajais!
Louvados olhos os meus!
Ora então, como passais?
Eu vou bem, graças a Deus.
Perdoai as minhas falas
E a minha rude franqueza,
Mas não sou gente das salas:
— Sou a Terra Portuguesa!

Por isso, de rosto a rosto
E de alma a alma, vos digo
Que vos tenho no meu gosto
E vos trato por amigo!
Amigo: benvindo sois!
E, como en velhas usanças,
Eu vos saúdo — e ora, pois,
Recebei minhas lembranças!

Com elas vos quero dar
As provas do meu sentir!
— Eh, gentes, podeis entrar!
— Eh, meus filhos! Podeis vir!

Vinde todos, com presteza!
Vinde todos de uma vez!
Ponde em cima desta mesa
O coração português!

Da raia de Trás-os-Montes
Que serve de ninho ao sol,
Lá onde cantam as fontes
Em português e espanhol,
Lá, onde nasce a saudade
E as pedras tocam o céu,
Fez-se esta manta quentinha,
Para aquecer a amizade
Entre o vosso povo e o meu,
Entre a vossa alma e a minha!

Das terras que o Douro banha,
No seu rumo desigual,
(O Douro, sangue da Espanha
E sangue de Portugal)
Das terras de duras fráguas
Onde o sonho anda sòzinho
E onde o milagre das águas
Faz o milagre do vinho,
Chega este barco rabelo
Que o Douro em ouro esculpiu,
Ouro do fino cabelo
Das ninfas de ouro do rio!

Este trajo de noivado
É do Alto Minho, onde a altura
Veio florir nas janelas!
Trajo na cor enganado,
Pedaço da noite escura
Todo bordado de estrelas!
(E sobre a noite, a flutuar,
As rendas alvas do luar!)

Esta toalha de linho
Em fino crivo tecida,
Chega de pouca distância...
Que ela seja — oh, meu vizinho —
Na mesa posta da Vida,
A toalha da abundância!

Mais vos dou a branca imagen
Da pureza que me exalta:
— Uma colcha de ramagem,
Igual à neve selvagem
Das serras da Beira-Alta!

E mais vos trago, senhor,
Como num sonho de lenda,
Redes do mar, espuma em flor,
Que o povo deste redor
Transmudou em fina renda!

E aqui tendes a Aventura
Que da Terra dei ao Mar
Com a benção do mistèrio!
Ribatejo e Estremadura,
Nas mãos, como num altar,
Vão erguer a Nau do Império!

E a Caravela voltou
Cheia do sonho do Oriente...
— Nesta colcha que vos dou,
A Beira o sonho bordou
E fez da ausência o presente!

E por fim, todo o Alentejo,
E Algarve — o berço do amor,
Onde cada flor é um beijo
E cada beijo uma flor!

Em ambos: «doces»... Qual fosse
Toda a doçura do povo.
— Pois que tendo a boca doce
Haveis de voltar, de novo!

Ai, fina fibra de palma
Que o montanheiro vos trouxe!
Té o doce sabe a alma!
Té a alma sabe a doce!

Mas o Alentejo repete
A oferenda dos seus braços...
— Na mensagem dum tapete
A terra amiga promete
Afagar os vossos passos!

E agora vou terminar
Sem mais falas, nem tardança...
Mas antes, quero-vos dar
A minha melhor lembrança.

Pois se tal vos não acanha,
Ou não vos parece mal,
Vou dar ao Povo de Espanha
O abraço de Portugal!

Este monólogo, original del escritor luso Miguel Trigueiros, fué leído por María Manuela Conto Viana en el Castillo de Leiría, durante la simbólica ofrenda de las regiones portuguesas al Jefe del Estado español y su esposa en tanto se realizaba la entrega de las galas.

MADRID recibe a S.E. EL JEFE DEL ESTADO

Madrid tenía que hacer al Jefe del Estado español, a su regreso de Lisboa, un doble recibimiento: el propio de la villa, el afectivo, que le correspondía como capital de España, y el simbólico en nombre de la nación entera. Por eso puede decirse que «todo Madrid» y nunca mejor empleada la frase popular, estaba desde varias horas antes de la llegada del Caudillo en las dos aceras de la ruta ideal que se estableció, espontáneamente, desde el aeropuerto de Barajas a la Plaza de Oriente, pasando por la calle de Alcalá y la Gran Vía. Así, desde el mismo momento en que se detiene el avión, procedente de Lisboa, y el Generalísimo aparece en lo alto de la escalera, comienza una ovación que no se interrumpió durante todo el largo trayecto a través de Madrid.

El primer saludo personal de S. E. fué para el presidente del Consejo del Reino, don Esteban Bilbao, a quien estrechó efusivamente la mano. A continuación saludó a todos los ministros, quienes, a su vez, le felicitaron por el éxito del viaje. Revistadas las fuerzas que le rindieron honores, el Caudillo saludó a las numerosas representaciones que le esperaban en el aeropuerto, con las siguientes palabras:

"Españoles: Os traigo el abrazo de la nación hermana, de Portugal, que nos recibió con todo cariño, la efusión y el corazón que tienen nuestros hermanos ibéricos. Un país magnífico, en paz, que ha hecho su revolución nacional y se muestra al mundo como una nación organizada, digna y extraordinaria. Todo nuestro cariño y nuestra gratitud para el pueblo que de esta forma nos acogió. ¡Arriba España! ¡Arriba Portugal!"

Las aclamaciones de entusiasmo se reanudan cuando Franco abandonó el aeropuerto en un automóvil descubierto. Estas aumentaron a su paso por las barriadas populares de las Ventas y en toda la carrera de varios kilómetros. Merecen mención especial las ovaciones y vítores en la Plaza de la Independencia (Puerta de Alcalá), Plaza de la Cibeles y entrada de la Gran Vía, donde las aglomeraciones de público eran enormes.

En la Plaza de la Independencia se detuvo el coche de S. E. y Franco se bajó para ser cumplimentado por el alcalde de Madrid, quien entregó a Franco el bastón de mando de la Villa. El alcalde de la capital subió al coche del Jefe del Estado, para atravesar el centro de la ciudad. Cuando reanudó la marcha el coche del Caudillo, se inició una ovación —a la que el general Franco respondía, de pie en el coche—, ovación que ya no terminó hasta la entrada del Palacio de Oriente, a la que llegó el público en una imponente manifestación. Ante el Palacio, la muchedumbre exteriorizó de nuevo su entusiasmo y reclamó la presencia del Jefe del Estado. En la escalera devolvió Franco el bastón de mando al alcalde de Madrid, y, después de ser cumplimentado por ministros y autoridades, el Generalísimo salió al balcón, ante las constantes reclamaciones y aplausos de la multitud. Desde el balcón del Palacio el Jefe del Estado español pronunció muy emocionado las siguientes palabras:

Gracias por vuestro entusiasmo, que pone una rúbrica al de vuestros hermanos portugueses, en este viaje glorioso, triunfal, por tierras de Lisboa, donde sentimos el corazón de los portugueses palpitar al unísono del nuestro, donde hemos visto... (los gritos de la multitud le interrumpen) *donde hemos visto un pueblo levantado como el nuestro en paz y en orden constructivos y donde hemos sentido el calor de ellos y de todas las clases sociales. Y, ahora, gritad con nosotros: ¡Arriba España! ¡Arriba Portugal!"*

Huecograbado Fournier. - Vitoria